Un operario limpia una pintada realizada en Amurrio en apoyo a ETA en 2013. :: JOSE MONTES

EL REFUGIO DE LAS PALABRAS

La política no está para dar coartadas a Sortu que le eviten condenar a ETA o afirmar con convicción que matar siempre estuvo mal

ANÁLISIS

ALBERTO AYALA

Twitter: @albertoayala11

Euskadi es hoy una sociedad en paz. Lo es desde que la organización terrorista ETA dejó de matar y de extorsionar. Perviven algunas secuelas, y no precisamente menores. La banda rechaza disolverse de forma oficial en tanto sus activistas presos sigan cumpliendo condena en la cárcel. Apuesta por sellar que no por entregar sus arsenales. Y las viudas, hijos y amigos de las víctimas, de todas las víctimas, siguen sin hallar consuelo a su ausencia.

Prácticamente desde el momento en que ETA oficializó su renuncia a matar, la inmensa mayoría de la sociedad vasca decidió que había que mirar hacia adelante y dejar atrás, muy atrás, el pasado. Cada vez son menos los que giran de vez en cuando la mirada hacia el retrovisor. ¿Una posición demasiado cómoda? Probablemente, pero real.

Los partidos democráticos, los que siempre estuvieron del lado de la paz, están moral y éticamente obligados a garantizar a las futuras generaciones un relato preciso de la tragedia vivida. Y para eso deben arbitrar los medios humanos, económicos y materiales necesarios. Quienes durante décadas dieron cobertura a los asesinos hace tiempo que se están volcando, y en no pocas ocasiones con acierto, para que su derrota política se convierta en victoria en el relato.

Pero la política ha creído que era su deber intentar ir más allá. Ha pensado que lo óptimo sería intentar zanjar cuanto antes los todavía importantes flecos del problema y consolidar una convivencia lo más trabajada posible. Loable esfuerzo, sin duda. Pero dos partes nunca se han entendido si una de ellas no quiere, y una sigue sin demostrar que quiera. Por ahora.

Quien durante décadas dio cobertura política al terrorismo sabe que para ser creíble, para ser uno más en el club de los demócratas, debe cumplir algunos requisitos. Los más importantes, aceptar que matar estuvo, está y estará mal. Que no se puede imponer ninguna idea por la fuerza. Y, en consecuencia, condenar la historia criminal de ETA, al menos desde el restablecimiento de la democracia.

¿Que la violencia de Estado es reprobable? Desde luego. ¿Que contra el terrorismo no vale todo? Por supuesto. ¿Que la tortura es un comportamiento repugnante? Del todo cierto. Pero nada de todo ello condiciona ni exime de la aceptación de los anteriores principios democráticos básicos.

Sortu es libre de avanzar o no. Como lo es ETA de cerrar su historial y propiciar así que la democracia sea más generosa con sus presos de lo que ellos nunca lo fueron con sus víctimas. Está bien que desde la política se les ayude a que se den pasos adelante. Pero eso no quiere decir retorcer las palabras, agitarlas, aguarlas, para ofrecer una coartada a la izquierda abertzale y que parezca lo que sigue sin ser.

El PNV lleva un año intentando persuadir a la izquierda abertzale para que asuma unos mínimos éticos que incluyan una revisión crítica de su pasado. Por ahora sin éxito.

La semana que ahora acaba ha sido el PP de Arantza Quiroga quien, de forma del todo sorpresiva, ha probado a jugar con las palabras, a poner y a quitar, para alumbrar una ponencia o grupo de trabajo en el Parlamento vasco para avanzar en la convivencia. El movimiento fue bien acogido por la izquierda abertzale. No hay pruebas que confirmen si hubo o no algún tipo de cocina bilateral previa. Lo cierto es que la tormenta interna que suscitó el texto en el PP forzó su retirada en menos de veinticuatro horas.

Si Hasier Arraiz está por un nuevo tiempo deberá imponerse a los inmovilistas en Sortu y demostrarlo

Renuncia

En medios políticos vascos se especula con que Hasier Arraiz y otros cuadros jóvenes trabajan hace tiempo por conducir a la izquierda abertzale a nuevas posiciones. Si es así, si se imponen al inmovilismo de algunos históricos, tendrán que demostrarlo luego con hechos, y renunciar a las coartadas.

No va a ser fácil que el PP vuelva a facilitarle una. No tras lo ocurrido estos últimos días que ha dejado a Arantza Quiroga seriamente tocada, sopesando la dimisión. Desaparecida desde el jueves habrá que ver cuándo reaparece y con qué discurso. Su debilidad es máxima después de ser desautorizada. Y no faltan en las filas populares quienes recuerdan que otra líder del PP vasco, María San Gil, terminó por dimitir tras otra espantada también de varios días.

Quiroga ha querido relanzar a su partido jugando fuerte en un asunto especialmente sensible como lo es el de la convivencia, y se ha equivocado. Ha patinado por ofrecer a la izquierda abertzale una coartada dialéctica, un atajo –evitarle condenar a ETA– con tal de empujarle a trabajar con el resto de los partidos en fijar los principios y valores que deben regir la convivencia en Euskadi con el objetivo último de deslegitimar el terrorismo. Y de hacerlo sin consensuarlo con la cúpula de su partido aquí y en Madrid.

Tras el minipuente veremos si resiste o si arroja la toalla y aboca al PP vasco a afrontar las elecciones generales del 20 de diciembre con una gestora o con un liderazgo provisional. En cualquier caso, en circunstancias nada favorables para revertir la cuesta abajo que arrancó en la era de Antonio Basagoiti.